

Paco Ignacio Taibo II

QUE SEAN
FUEGO
LAS
ESTRELLAS

Barcelona (1917-1923)

CRÍTICA



Paco Ignacio Taibo II

QUE SEAN FUEGO LAS ESTRELLAS

Barcelona (1917-1923)

CRÍTICA

BARCELONA

Primera edición: junio de 2016

Que sean fuego las estrellas. Barcelona (1917-1923)
Paco Ignacio Taibo II

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2015, Paco Ignacio Taibo II

Revisión técnica: Soledad Bengoechea Echaondo

© Editorial Planeta S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-962-1
Fotocomposición: Víctor Igual
Depósito legal: B. 10.655 - 2016

ÍNDICE

NOTA DE ENTRADA	11
1. Burgueses, proletarios y marginales	14
2. Los atentados	18
3. El relojero anarquista	20
4. El periódico, la <i>Soli</i>	23
5. Emilio Zola, Bernardo Armengol y las sirvientas	25
6. El policía Bravo	28
7. La misteriosa muerte de Barret	30
8. El motín de las mujeres	33
9. Las detenciones	41
10. La denuncia de la <i>Soli</i>	44
11. La reorganización	50
12. Seguí	52
13. Congreso en Sants	55
14. La pequeña guerra	64
15. La guerra de guerrillas	68
16. El fin de la Guerra Mundial	73
17. Los juicios de unos y del otro	76
18. Crecimiento	80
19. Camarasa	82
20. La represión de enero	88
21. La Canadiense	94
22. Las asambleas	112
23. La huelga general	116
24. El golpe a Montañés y la banda del policía privado Bravo Portillo	129
25. El asesinato de El Tero	140
26. Star	152

27. La conquista de Madrid	165
28. El barón de König y la patronal	173
29. El primer <i>lock-out</i>	180
30. El segundo <i>lock-out</i>	187
31. Los Libres	199
32. El Congreso de La Comedia.	201
33. El <i>lock-out</i> , la banda y los grupos	204
34. Balas y presos	212
35. La represión de Maestre	218
36. Contra el terrorismo	225
37. Los Sacco y Vanzetti catalanes	229
38. Layret	231
39. A tiros contra la banda	232
40. La lucha por la liberación de los presos.	236
41. La caída de K.	239
42. Un relojero anarquista en la tierra de los sóviets	243
43. Las dudas de Bas	250
44. La banda del Libre	256
45. UGT-CNT	262
46. La bomba del Pompeya	268
47. Huelgas y tiros	271
48. Me echan porque no me presto a ser un gobernador asesino.	281
49. Severiano	287
50. La represión	288
51. El asesinato de Layret.	299
52. La huelga	301
53. La Mola	309
54. La violencia de enero	311
55. Ley de fugas	320
56. La caída de Boal.	325
57. La muerte de Dato.	332
58. “El terrorismo es gubernamental”.	335
59. La explosión de la calle Toledo	347

60. Contra Martínez Anido	353
61. Para pedir armas a Trotski	357
62. Los grupos descabezados	361
63. Las rutas de la muerte	365
64. La salida de los presos	374
65. Los Libres llegan al congreso	379
66. Lejos y cerca de Moscú.	385
67. La Conferencia de Zaragoza.	391
68. El atentado contra Pestaña	395
69. Los Solidarios.	402
70. El atentado y posterior caída de Martínez Anido	407
71. Renacer	414
72. El metro y Einstein	421
73. El asesinato	428
74. El entierro de Peronas	434
75. Abril a tiros	441
76. La huelga del Libre.	451
77. 16 muertos, 12 heridos	456
78. La huelga del transporte.	459
79. El cardenal.	463
80. Los rumores del golpe	465
81. La lucha interna.	470
82. El asalto al Banco de España	479
83. El golpe	481
84. El desenlace inmediato.	483
EPÍLOGOS. De donde se dan noticias de algunos de los personajes que cruzaron por este libro	485
NOTAS	491
FUENTES INFORMATIVAS	529

BURGUESES, PROLETARIOS Y MARGINALES

Barcelona. Mediados de 1917.

Hay una tentación enorme de adjudicarle una visión apocalíptica. Todas las ciudades de grandes contrastes más tarde o más temprano la piden. Observarla bajo los lentes de aumento que perciben sus extremos. Joan Salvat-Papasseit, un escritor con vocación de marginal, aportará una voz lúcida en ese sentido en *Humo de fábrica*: “Mientras las chimeneas humeantes dibujaban cabezas de rabias comprimidas y de angustias y muertes: era la gran visión de la terrible nube que traerá la lluvia que es la masa que lo produce todo y carece de todo”.

Felipe Alaiz, una de las mejores plumas de la acracia, hablando de Paco Ascaso, futuro personaje de esta historia, diría: “Ni los vegetarianos con sus acelgas, ni los frailes con su elixir de larga vida, ni los rentistas con los disolventes de sangre espesa, ni los banqueros millonarios, consiguen vivir un siglo en un tercio de siglo”. ¿Qué diría entonces Alaiz de los que vivieron un siglo no en un tercio de siglo sino en los seis años que se narrarán?

Barcelona. Según el censo municipal, cuenta con 1 092 891 habitantes, más las ciudades periféricas: Badalona (con 29 000 habitantes y 154 empresas, de ellas 51 textiles, 8 800 obreros), Sabadell, Manresa, Terrassa, Igualada, Mataró, Hospitalet (con poco más de 12 000 habitantes, conurbada a Barcelona, 1 600 obreros).

Uno la piensa como modernista, pero eso ha quedado atrás; la burguesía catalana no necesita entrar en Europa, seguirse diferenciando de Madrid por su trazo arquitectónico y buen gusto; los años de la Guerra Mundial la marcarán. Ahora sólo se trata de acumular dinero, de no dejar pasar las oportunidades; ahora ya son condes, “grandes de España”, millonarios, que no necesitan ser cultos ni modernos. Los críticos arquitectónicos hablan del avance hacia un “urbanismo sereno y comprensible”.

Coexisten una ciudad proletaria (de fábricas y viviendas), una ciudad de intenso bajo mundo marginal y dos ciudades burguesas (una cuya arquitectura resulta sorprendentemente vanguardista y otra con palacetes ajardinados bastante rancios y ocultos, escondiéndose del mar). Finalmente, es una ciudad de ciudades que no se miran una a la otra, con habilidad para esconder sus rostros, donde el máximo pecado es rehuir su vocación de puerto.

La guerra europea ha volcado sobre Barcelona el gran dinero; los países en conflicto compran en los países neutrales: textiles, química, armamento, materias primas; eso dinamiza todo. Por dar sólo un ejemplo de la industria

textil con datos de Kirchner: se pasó de exportar diez y media toneladas de mantas en 1913 a 4 500 en 1915. Ben Ami completa cuando señala que en la exportación de los tejidos de lana y algodón en 1913 se ganaron 57 millones de pesetas, y en 1915, 300.9 millones. Así siguió en 1917. Y todo ello “bajo situación de carestía y enriquecimiento lujurioso de la burguesía”, dirá Ángel Pestaña.

Una visión desde abajo, la del albañil y tintorero Ricardo Sanz, puede ser más precisa: “Barcelona trabajaba a pleno rendimiento, por cuyo motivo cuantos forasteros llegaban, tanto españoles como extranjeros, encontraban inmediatamente colocación y eran recibidos en las diferentes ramas de la producción. En la mayor parte de fábricas y talleres, trabajaban tres turnos de ocho horas diarias, y en otras por las características especiales del oficio se empleaba el destajo”. Aquí se hicieron fortunas monumentales de la noche a la mañana, aquí se especuló hasta el hartazgo, aquí se explotó el trabajo ajeno hasta la ignominia.

Todas las regiones y desde luego las ciudades tienen una centralidad; si Madrid gira en torno a la Puerta del Sol, a su majestad Alfonso XIII y el Palacio de Oriente, eso parece importarles un bledo a los catalanes, proletarios o burgueses. Cataluña olvida Madrid, gira en torno a Barcelona y Barcelona sorprendentemente en torno al Distrito V, que ejercería una fascinación enorme entre los periodistas de la época, la bohemia roja o la militancia con mayor vocación de suicidio. El periodista Francisco Madrid lo llama “nuestra zona prohibida” y después de descalificar por insulsos los barrios bajos de Marsella, Génova, París o Londres, describe el Distrito V a partir de sus contrastes: “se mezclan aquí la casa de lenocinio y la lechería para los obreros que madrugan; la tienda que alquila mantones y donde se presta dinero a las artistas de los *music-halls* y el palacio del conde de Güell; Cal Mancó y la Casa del Pueblo Radical, el Hospital de la Santa Cruz y la taberna de La Mina, el cuartel de Atarazanas y la pequeña feria de libros viejos; los hoteles *muebleés* y la Atracción de Forasteros” (el equivalente a un departamento de turismo municipal).

La visión apocalíptica no sólo resulta atractiva para mí, 100 años después; también para muchos periodistas como Amichatis: “Abunda el dinero, se puede jugar a la bolsa desde la cama, se encarecen la bencina y las medias de seda, se construyen torres que miran a la montaña, se hace popular el 30 y 40. En los hospitales está limitado el número de camas, el rector de la universidad pide limosna para no cerrar el [hospital] Clínico. Todos los bancos de los paseos parecen hoteles nocturnos. Hay niñas de 15 años con varios amantes. Muchos teatros cerraron sus puertas y pusieron una mesa de juego en el escenario. Abundan las clínicas de enfermedades secretas. El macarrón es un oficio reconocido. Las mujeres del teatro Apolo son conocidas como de pantorrillas adquiribles”.

El periodista Fernando Pintado, futuro protagonista de esta historia, da cuenta de un ejemplo: “Monte-Carlo era, en los primeros años de este

siglo xx [...], una de las basílicas de la frivolidad barcelonesa [...]. La Buena Sombra, el Alcázar y el Eden Concert. Monte-Carlo, café-concierto establecido en las entrañas de un viejo caserón de la calle del Conde de Asalto, avenida central del Barrio Chino, lo formaba una extensa sala alargada, con su platea magnífica y piso principal orlado de palcos. Al fondo, el escenario, con sus palcos proscenios, su embocadura plateresca y una cortina de terciopelo rojo recogida en su centro, caprichosamente, por gruesos cordones de oro [...]. En aquella pequeña ciudad dedicada a todos los vicios morbíficos, frecuentada por toda el hampa aristocrática y plebeya, empezaba la vida a las cinco de la tarde y terminaba a otras tantas de la madrugada”.

En 1917, el diario *El Diluvio* inició la primera campaña contra la cocaína, afirmando que en la capital catalana había 6 500 adictos entre una población de 700 000 personas. Aunque la cifra era exagerada, ciertamente la ciudad comenzaba a tener un problema. “En los locales del Raval y del Paralelo era de buen gusto esnifar o pincharse a la vista de todos. Entonces todavía era muy fácil encontrar droga, se podía comprar cocaína de la marca Merck o Boehringer a siete pesetas la caja. En aquellos años se pusieron de moda los clubs de cocainómanos, de los cuales hubo un gran número en las calles de Robador, San Rafael o del Este. La conocían como *papirusa*, y algunas farmacias del Barrio Chino la vendían por debajo del mostrador. El caso más sonado fue el de la botica Zamarreta, donde el propietario también era cocainómano y, a última hora del día, la despachaba sin pesarla, a puñados.”

A esta Barcelona nos acerca *El gran bohemio*: “Grande es Barcelona en el momento actual. Los amos, los que la poseen y la gozan sólo saben del placer; sus recintos y avenidas, las gentes que las frecuentan y la población bien vestida, ciudadana; lujo, comodidad, apariencia o realidad; la Barcelona que pinta la Atracción de Forasteros está sitiada por otra masa de población, que vive, se agita y pesa por número y calidad que en barrios, suburbios y playas, que no cuenta en el padrón municipal, sin cédula, sin domicilios en su inmensas mayorías y muchas horas sin pan. Monipodio, La Garduña, la corte de los milagros, los traperos que son legión y las heterogéneas tribus que del Llobregat al Besòs pescan al art, núcleo de nómadas que trasladan las cabañas a donde el pan es más fácil”. Sin embargo, no hay que dejar que domine la historia la visión esperpéntica de Barcelona que tanto habría de gustarle a Pío Baroja.

Porque esta no es una historia de burgueses y marginales, lo es esencialmente de obreros organizados.

Simón Piera cuenta: “Nuestra generación era la del teléfono, la de la telegrafía sin hilos, del cine, de la radio, de los rayos X, de la aviación, del fonógrafo, del automóvil, del ferrocarril”. Serán observadores de la modernidad, pero no ajenos a ella. La construyen, pero no la poseen.

Amadeo Bernardo se pregunta: “¿El porqué de la fuerza de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) en la zona más industrializada de la península, donde la clase obrera ha sido la más pronta a pronunciarse y organi-

zarse?”. Juan García Oliver responde con otra pregunta: “¿Qué magia tendría aquella ciudad que hacía de cada uno de sus trabajadores un revolucionario en potencia?”.

La vida proletaria está dominada por imperativos absolutos, el cansancio es uno de ellos. Una clase obrera que leía en una Barcelona putañera (cómo había sexo mercantil en esa Barcelona ociosa) tenía que desbordar el agotamiento de la jornada de nueve horas y seis días, en el textil de diez y media a 11 horas, lo mismo que en el vestido, diez horas en la química y en la alimentación, nueve en la alfarería.

Para ser un obrero ilustrado hay que ganarle la batalla al sueño. Los obreros ilustrados tienen que robarle a la vida su educación.

La mayoría de los cuadros de la CNT tienen un origen proletario, infancia campesina los menos, o baja clase media, casi ninguno. Trabajan desde niños: Salvador Seguí a los 12, Ángel Pestaña a los nueve, Ricardo Sanz a los 12, Simón Piera a los seis, David Rey a los 15, Juan García Oliver a los ocho, Buenaventura Durruti y Paulino Díez a los 14, Joan Peiró a los ocho. No tienen educación formal, las 12 horas del taller, el tajo o la fábrica no dan tiempo libre para estudiar. Peiró aprende a leer a los 22 años. La manera en que su hijo lo narra resulta memorable: ayudado por un jubilado de correos que le lee los periódicos sindicales, copia cartas sin saber qué dicen; las muchas estancias en la cárcel van puliendo su lectura y su lenguaje. Son autodidactas, se educan en los libros, los folletos, la prensa libertaria, pasan las tardes del domingo en el ateneo de la calle Alcolea de Sants, asisten a conferencias en que se hablaba de la inexistencia de Dios, leen a Victor Hugo y a Bakunin.

De esa clase obrera vamos a contar la historia.